

Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(segunda parte)

5.- Clara adolescente

Recuerdo la primera vez que me fijé en Francisco. Sólo lo vi a través de la ventana del comedor. Ahí estaba, en el otro extremo de la plaza, en toda su rebeldía, que contrastaba con sus rasgos faciales finos. Me pareció que discutía con alguien, pero lo hacía de manera alegre.

Esa no fue la primera vez que lo veía. Cuando niña ya había estado, en más de una ocasión, en su tienda comprando géneros con mi madre, pero en esa época no me produjo ninguna curiosidad, pues yo me dedicaba a admirar a los santos y mártires cuyas vidas leí tantas veces, siempre con lágrimas en mis ojos. Me imaginaba los miles de episodios que quisiera vivir yo misma en algún momento en que seré muy valiente. Fue por esos años, que me propuse ser virgen, como María, aunque en ese instante no era capaz de comprender todo lo que significaba.

Cuando fui creciendo, los muchachos querían bailar conmigo y trataban de conquistarme. Yo siempre he sido tímida, y además no me gusta esa vida vana y superficial que la sociedad nos impone. Entablé amistad con un joven simpático que vivía cerca. Su nombre es Raniero de Bernardo. Un día me declaró que quería casarse conmigo, y hasta me trajo un anillo, teniendo yo apenas catorce años. Casi salí arrancando, pero volví a mi serenidad y le expliqué un poco la situación, pues yo no pretendía casarme todavía, si es que alguna vez.

Juan Ventura me miraba con ojos largos, aunque sabía que yo estaba vedada para él, pues es un simple soldado de la escolta de mi padre, y viene a casa a realizar toda clase de trabajos menores. Hasta he llegado a sospechar que alguna vez me espió por la cerradura de la puerta, pero preferí no decir nada, sin tener pruebas.

El asunto se puso negro cuando mi papá me comprometió para casarme con Paolo, un joven noble, muy rico, que tenía 17 años. La boda quedó fijada para cuatro años más porque soy muy niña todavía. Mi padre creyó que era su obligación preocuparse por mi destino, y me comunicó la mala noticia como si fuera muy buena, sin dar pie a la opinión contraria que yo pudiera tener. Sólo me atreví a manifestar algo de mi disconformidad, que no tenía fuerza alguna frente a la férrea posición de mi padre. Él fue siempre como un muro con el cual estrellarse.

Por el momento, no tengo ninguna intención de vivir de manera convencional como han hecho todas las niñas siempre. No quiero aceptar que los demás me obliguen a casarme. Quizás algún día me caso, si me enamoro. Simplemente, no acepto el compromiso que me imponen. Es muy pronto para aceptar así no más a uno que mis padres consideren conveniente. Algún día

adquiriré un compromiso, sin duda, pero será a algo que esté inscrito en mí. Sólo a Dios obedezco. Quiero mucho a mis padres y espero que me comprendan.

Mi tío Monaldo, fiel a las odiosas costumbres de esta época, no perdía oportunidad de ponerme verdaderas trampas de modo que yo quedara a solas con un Paolo presionado para ser un conquistador orientado a lo físico, y no a lo romántico. En esas oportunidades, sí que salí huyendo.

Tanta fue la seriedad que se le dio en la familia a nuestro presunto compromiso, que mi mamá se puso a organizar los trajes, y hasta lo que comeríamos en mi boda. Yo no soportaba tanta lesera.

-Mamá, no quiero casarme con ese joven que vosotros me asignásteis.

-No te vas a casar todavía. Además, tu padre lo escogió para tí. No hay un caballero mejor que Paolo. Deberías estar feliz.

-No tengo nada contra él, pero no lo amo.

-Ya lo amarás. Vas a ver.

-Tú eres muy sometida, mamá, pero yo no lo soy.

-Niñita, no te pongas difícil.

-Mamá, tú puedes convencer a papá. Hazlo por mí, ¿ya? -me puse tierna. Casi siempre tengo buena relación con mamá, menos en esto de llevarle la contra al señor feudal. Se me salió eso en voz alta, parece, porque escuché una palabra golpeada:

-Respetar a tu padre.

Comprendí que por la vía de mi madre no conseguiría nada. No queriendo hacer perder tiempo a aquel apuesto caballero que me pretendía, decidí hablar directamente con él. Lo hice cuando vino a verme en una tarde lluviosa y nos sentamos cerca de los leños encendidos.

-Estás lindísima, Clara -me susurró con una bella sonrisa.

Le hice unas morisquetas poniéndome fea, y los dos reímos.

-Eres muy gentil, Paolo -le expresé con frialdad- pero sé que no congeniaremos.

-¿Cómo sabes?

-No tengo intenciones de casarme.

-Pero... si falta mucho.

-Es mejor que cortejes a otra niña.

-Estoy enamorado de tí.

-Y yo no -completé la declaración, y después llamé a Caterina, que es mi cómplice para estas cosas, y nos pusimos a jugar con ella.

Necesité muchas conversaciones como ésa para recuperar mi libertad. Y también más de una oración frente a la cruz de Cristo. Él, siempre me ayuda. Veo en Jesús un amor inmenso. Puedo hablarle en silencio horas enteras. Le cuento lo que Él ya sabe, que hay pobres y ricos, y que la codicia y la agresividad mueven a las personas, que construyen y destruyen con igual facilidad. Siento como si hoy mismo el hombre siguiera clavándole lanzas a Jesús.

Mi antigua duda empezó a tener respuesta frente al crucifijo. El evangelio es la verdad, y en cambio, la vida está llena de errores. He estado muy tomada por una frase del evangelio que escuché en la misa el domingo pasado. "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Es una manera de expresar la respuesta a esa duda que yo tenía. Se han llevado la verdad y no se la encuentra. Y se han llevado el amor. También se han llevado

al niño Dios y no se sabe dónde lo han puesto. La oración me reconforta y me enseña a vivir. Jesús va conmigo en todo momento.

Bona me contó de la ruptura de Francisco con su padre, cuando quedó desnudo en la otra plaza. Prefirió eso a seguir viviendo como esclavo del hombre enérgico. Lo encontré tan maravilloso que me encantaría ser capaz de hacer algo similar. Yo estaba recién empezando a vislumbrar lo buena que puede ser la vida al lado de un hombre a quien admire.

La otra tarde fui con unas amigas a la plaza, y estaba Francisco, vestido pobremente, cantando canciones hermosas por unas pocas monedas. Alguna gente se reía de él, y hasta le tiraban barro. Mis amigas afirmaron que Francisco se había vuelto loco.

Lo que me ocurrió a mí fue extraordinario. Sentí una gran atracción por Francisco. No fue una afinidad sensible, sino mucho más profunda, espiritual. Imaginé que ese hombre rezaba y le pedía algo a Dios. Yo no sabía qué, pero quise que el Señor le concediera lo que él solicitare. Me resigné a no saberlo jamás. Hablé así al Señor. "Por favor, concédele lo que te pida". Sentí esa oración en mí, y también una gran felicidad de estar colaborando con un granito de arena.

Si yo me atreviera a contarle esto a alguien, me dirían que me enamoré a primera vista. En cambio, yo agregaría que con un amor divino, gratuito, a cambio de nada.

Me sentí plena de amor, fascinada, encantada. Supe con certeza que yo estaba dispuesta a dar mi vida por él en ese mismo instante si las cosas se dieran así. Francisco irradiaba una luz invisible que yo quería seguir. Él debe haber percibido lo que me pasaba, porque se me acercó. Creo que muy pocas personas entenderían la real dimensión de esto que viví.

-Dios te bendiga, Clara -fue lo primero que me dijo, con un hermoso timbre de voz, y me agradeció a nombre de los pobres, pues él sabía que a través de Bona he estado proporcionándoles alimentos que yo misma he sacado de lo que había para mí. No siempre me dan permiso para salir a la calle.

-Hermana cristiana -agregó después, sonriendo. Creo que Francisco sabe más de lo que expresa. Es un hombre grandioso.

Hasta me he atrevido a decirlo en mi casa, durante la cena, con esas mismas palabras. Eso me significó obtener un reto de proporciones, que escuchó hasta Juan Ventura. Y más encima, mi padre, muy enojado, me ordenó retirarme de la mesa inmediatamente.

Admiro a Francisco y sus amigos. No tengo idea qué va a pasar con esto, pero sé que mi vida está con él. Puede que sea un sueño imposible..., esto de unirme a un hombre que rompa esquemas. Y no al hijo de un hombre poderoso que quiere armar sociedad con el mío, yendo yo al sacrificio. ¡Qué distinto es Francisco!

6.- Bernardo y su cambio de vida

El cielo está amenazante. Nubes cargadas de agua se aprestan a caer en cualquier momento. Una tibia brisa intenta acariciarme, mientras me miro y trato de entender cómo llegué acá. Es un pueblito acogedor, y no me extraña el lugar sino el instante. No es el entorno lo que quiero comprender, sino yo

mismo, vestido apenas, comiendo con agrado un trozo de pan duro que recién me dieron, por caridad.

Al recorrer estas callejuelas he venido pensando en los cambios que ha tenido mi vida ahora último. Mi amistad con Francisco ha perdurado a lo largo de muchos años, desde que éramos niños intentando transformarnos en adultos. Estuvimos juntos en miles de fiestas, cantando y bebiendo muy alegres. Nunca nos faltó el dinero, pues siempre nuestros padres han trabajado en el comercio y fue así como teníamos lo que quisiéramos.

Cuando me fui a estudiar a la Facultad en Bolonia, Francisco ya estaba un poco retraído, como hastiado de tanta jarana, buscando nuevos caminos. Volví años después, con un flamante doctorado que no me sirvió de mucho porque, a pesar de tenerlo, tuve que trabajar en lo de mi padre. El negocio prosperó sin dificultad. De todos modos quedé inquieto pues no era eso lo que me gustaba. Y busqué a Francisco, fuera de la bulla mundana. Preguntando a los amigos comunes pude llegar a él con relativa facilidad. No estaba lejos. Se dedicaba a recorrer las calles de Asís recolectando elementos de construcción que después llevaba al campo, con paciencia y esfuerzo, para reconstruir capillas, como San Damián, San Pedro de la Espina, y Santa María de los Ángeles.

Mi amigo Francisco cambió mucho en poco tiempo. Muchos lo creyeron loco y lo ridiculizaban. Varias veces he tenido que defenderlo de agresiones. No es que yo sea muy vigoroso ni fuerte, mi defensa era verbal, bien pronunciada. Todo empezó cuando fui a verlo a la capilla que él estaba arreglando. Nos abrazamos al vernos después de tanto tiempo. Siempre ha sido mi mejor amigo. Le llevé unos elementos de construcción, y hasta me quedé un rato ayudando. Su construcción era una verdadera invitación a agruparse con él.

Nos sentamos a conversar y estuvimos desde el mediodía hasta el ocaso sin darnos cuenta cómo pasaba la hora. Nunca antes en mi vida yo había hablado tanto, pero el que más habló fue Francisco. Me contó de su nueva vida pobre, de acuerdo al evangelio, y de su ruptura con Bernardone, y de cómo aprendió a pedir limosna, a pesar de haber sido alguien que no tenía necesidades.

Hoy me parece que hiciera siglos de eso. Es que yo mismo estoy tan cambiado.

Esa vez me explicó cómo se le fue manifestando su vocación, que se le despertó de a poco y lo habitó intensamente durante la misa en la fiesta de San Matías, el apóstol que reemplazó a Judas. Francisco me contó que cuando oyó a Jesús exhortándonos a no abastecerse de oro ni plata, ni llevar alforja para el camino, ni zapatos ni más de dos túnicas, se llenó de alegría hasta tal punto, que se levantó de su asiento y le pidió al sacerdote que le explicara ese evangelio. En realidad, no necesitaba aclaración alguna, sino hacer reflexionar al cura, pues mi amigo ya estaba anhelando retornar a la iglesia original.

-Esto es lo que yo busco -exclamó Francisco, con gran entusiasmo, en cuanto el sacerdote explicó el evangelio.

No me costó descubrir lo esencial de toda esa historia. Francisco ha iniciado un camino nuevo, incomprendido, y por eso mismo restaurador de las personas. Sus palabras parecían morderme por dentro, y continué así durante los meses que siguieron.

Quise descubrir qué le pasaba en el fondo a Francisco. Lo invité a mi casa, en la que ha estado una infinidad de veces, y él acudió gustoso. Continuó siendo mi amigo aunque hayamos estado viviendo vidas tan diferentes.

-Es un agrado estar nuevamente en la mansión de los Quintavalle - exclamó con optimismo.

Francisco siguió yendo a mi casa, muchas veces.

-¿No te importa que te traten como a un loco? -le pregunté una vez, y se rió de buena gana. Me sentí mal porque fue como si yo mismo lo tratara así.

No comía mucho. Nuestras cenas eran sólo de compartir lo que estábamos viviendo. Se nos hacía tarde cada vez, y Francisco se quedaba a dormir en mi casa. Me hablaba de los evangelios. Así fue como me di cuenta que él ocupaba muchas horas en la oración. Se levantaba en plena noche a dar gracias a Dios por sus bendiciones. Las primeras veces yo dormía sin problemas, pero cierta vez me dio mucha curiosidad. Yo no sabía si estaba con un loco o con un santo. Fingí dormir y traté de entender lo que Francisco repetía una y otra vez, en voz baja pero audible.

Con mis ojos a medio cerrar lo vi levantar sus manos durante largo rato y rezar con lágrimas. Tras varias repeticiones logré descifrar lo que decía:

-Dios mío, tú eres todo.

Quedé tan impresionado esa noche, que me levanté, sin hacer ruido para no molestar, y me hincé a su lado a repetir "Dios mío tú eres todo" y hasta levanté los brazos un rato, pero me cansé pronto. Francisco sacó su librito, lo abrió y me leyó aquel pasaje del evangelio de Juan, en que Nicodemo visita a Jesús en la noche. Cuando ya me estaba sintiendo un Nicodemo, dicho personaje preguntó:

-¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo?

Eso me llegó hasta adentro. Era como si yo estuviera tratando de nacer de nuevo. Recé junto a Francisco con mucha devoción hasta que aclaró el nuevo día y sentí necesidad de tomar desayuno. Nos servimos un café, y entonces fue que le pedí si podía admitirme como su discípulo. Fue un tremendo paso para mí, y pude darlo porque estaba conmovido.

-Haré lo que me mandes -agregué.

Francisco se alegró de verdad y me miró con asombro, y después se puso un poco más serio.

-¿Estás seguro? -quiso saber.

Acepté con mucho entusiasmo y, a pesar de todo, mi amigo me señaló que el camino es pedregoso, y me sugirió ir a preguntarle a Dios. Esta vez fui yo quien cambió del asombro a la seriedad, pero como ya conozco sus figuras de lenguaje, estuve de acuerdo. Partimos a la misa de la Catedral, que ya estaba por empezar. Aunque llegamos un poquito tarde, asistimos al culto con devoción.

Cuando terminó la misa, la gente empezó a retirarse, uno a uno, se persignaban y salían, menos nosotros dos, que permanecimos en oración por un largo rato. Cómo sería, que vino hacia nosotros el canónigo Cattani, un hombre maduro. Saludó a Francisco efusivamente, y a mí no tanto, pues sólo me conocía de vista. Pedro Cattani no es sacerdote pero parece que lo fuera.

Desde luego sabe mucho más que cualquiera, ya que tiene estudios teológicos y una cátedra en la universidad. Por eso fue nombrado en tan alto cargo. Y él ha venido hasta Francisco porque lo admira.

Después de conversar un poco nos preguntó en qué andábamos. Francisco le contó que yo estoy discerniendo mi futuro y él me está ayudando. Cattani quiso ayudar también.

-Vengan conmigo -dijo levantándose del asiento, y salimos los dos detrás de él a través de la nave lateral hasta llegar adelante donde estaba el libro de misa. Cattani puso sus manos sobre el misal y pronunció con lentitud una oración que estaba improvisando en ese momento. Luego, Francisco hizo lo mismo, usando palabras bellas. Después de un breve lapso me miraron a mí. Me demoré un poco, pero puse también mis manos sobre el libro y recé un padrenuestro. Se produjo un silencio tan intenso que todo parecía estar listo para empezar a moverse.

-Abre el libro en la página que el Señor quiera -me señaló Cattani, y yo abrí en cualquier página, la que quiso salir. Era el evangelio de Marcos, en aquella escena en que el joven rico corrió y se arrodilló ante Jesús preguntándole:

-¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Fui leyendo con lentitud, asombrándome de cómo el evangelista estaba totalmente puesto en el personaje, sintiendo el cariño con que Jesús lo miraba. Poco a poco fui entrando también yo dentro de ese joven rico.

-Una cosa te falta -escuché decir a Jesús-, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres-. A esa altura ya casi no pude seguir leyendo porque se me nublaron los ojos, con la emoción de estar siendo llamado por Dios de esta manera tan bella. Francisco también lloraba, pero lo que me sorprendió fue que hasta Cattani tenía unas lágrimas.

Me quedó muy clara la voluntad del Señor para mí. Por algún motivo ha tenido que salir tal escena y no otra. En ese momento no atiné más que a estar en silencio, despidiéndome ya de mi vieja vida para recibir la nueva. Yo no estaba solo en este suceso. Siendo Cattani un hombre rico, también fue tocado profundamente por la lectura. Y él rompió el silencio dirigiéndose a Francisco:

-“O Dios o el dinero” me dijiste una vez.

Francisco se limitó a sonreír y me hizo pensar que ya estaban en conversaciones desde hacía algún tiempo. Cerré el libro, y los tres caminamos hacia afuera del templo. Cuando me despedí de Cattani estábamos emocionados los dos. Volví a casa con Francisco y no necesité agregar ni una sola palabra. Empecé a asumir que mi vida en el siglo había dejado de tener sentido.

Pensaba si acaso yo era capaz de hacer lo mismo que Francisco. Mis posesiones se las podía dejar a los trabajadores. ¿Por qué no? No me decidía, así, tan fácil. Ya no quise seguir indagando qué le pasaba a Francisco, sino por qué me ocurría a mí también.

Tanta perseverancia tuve, que resolví juntar aquellas pertenencias pequeñas de porte pero valiosas, y nos dirigimos hacia la plaza San Jorge en que me puse a venderlas. El dinero lo repartí entre los pordioseros, viudas y huérfanos. Se juntó la gente, y entre medio estaba el padre Silvestre, un tanto preocupado. Francisco me contó que una vez le había comprado unos morrillos, piedras en buenas cuentas, a un precio bajísimo. Y por eso, en esta nueva ocasión, llamó al sacerdote y le dio una parte del dinero que habíamos recolectado. Eso volvió a poner contento al padre Silvestre, pues se estaba saldando una antigua deuda.

La gente de la plaza me criticaba. Escuché quejas como “de esa manera no se mejora la situación de los pobres”, y “si todos los comerciantes hacen lo mismo, nos arruinaremos todos”.

No les contesté nada porque no se me ocurrió a tiempo una respuesta adecuada. En realidad, todavía la estoy pensando. En este momento, hasta me cuestiono. ¿Podré seguir viviendo así? Lo que más quiero es ser capaz de eso, pero no me está siendo nada de fácil, acostumbrado como estoy a enorgullecerme de mi apellido.

Ya no me importa no tener todos esos bienes materiales que tuve antes. El resto de ellos los vendí con absoluta tranquilidad, y llevé el dinero a los hospitales. Luego me dirigí a la Porciúncula, donde ya me quedé. Estaba comenzando la primavera de 1208.

La Porciúncula es una pequeña porción de terreno, en medio de un bosque, muy cerca de Asís, a poco menos de una hora, caminando lento. Me gustó el lugar, solitario y lleno de paz. Ahí mismo hay una pequeña capilla dedicada a la virgen María, que Francisco está refaccionando, y ahora yo también. He empezado a amar cada piedra de sus muros, sus dos inmensas puertas y sus tres minúsculas ventanas.

Los benedictinos camaldulenses, del monasterio San Benito, en el monte Subasio, permitieron a Francisco irse a vivir a la Porciúncula. Además, le proporcionan aceite para las lámparas, pues ese preciado elemento se considera como si formara parte de la edificación. Un par de veces les hemos llevado pescados del lago Trasimeno, aunque no alcanzan ni para una idea de pago del censo que correspondería.

Aquí comenzó a existir ese día nuestra comunidad. Francisco me pasó una vestimenta como la suya, un simple hábito de un color indefinido grisáceo, con una cuerda a la cintura.

Al anochecer de ese mismo día llegó otra persona y se incorporó a este naciente grupo. Era nada menos que Pedro Cattani, que también estaba renunciando a sus bienes, a su posición como canónigo, y a su cátedra universitaria. Recibió de manos de Francisco igual vestimenta que la nuestra. Nos miramos y no podíamos parar de reírnos, lo cual para mí fue algo insólito, pues siempre he sido un tipo más bien serio y hasta me han dicho que soy pesimista.

Construimos una pequeña choza para cada uno, a unos diez a quince metros de la capilla, y a partir de entonces nos hemos dedicado a la oración, que ya estoy aprendiendo, y a pedir limosna para alimentarnos. Eso es mucho más difícil de aprender.

A propósito de eso de construir chozas, Cattani se preguntaba en voz alta si estaríamos en un Tabor del cual habrá que bajarse después. Como yo no entendía mucho, Pedro me explicó lo de la transfiguración del Señor, y eso me incentivó a leer el evangelio y captar la sabiduría que hay en él.

-La pobreza no es un objetivo en sí misma -señaló Francisco-. Es simplemente la manera de conocer a Jesús y descubrirlo dentro de uno.

En el pueblo nos llamaban Penitentes de Asís, título pomposo que puede parecer bien a algunos y mal a otros. A la gente rica no le gustó esto que estaba pasando con nosotros. Oíamos gran cantidad de lamentos, en igual medida que el gozo que le daba a Francisco, que se entusiasma y sueña.

-Cuando seamos siete, los enviaré a predicar al pueblo -agregó Francisco. El ya ha salido varias veces a hablar a la gente en las plazas. No les

plática acerca del juicio final ni de la condenación eterna de los pecadores, como sería un sermón típico. Francisco decidió cambiar el punto de vista. Habla de la paz, y de perdonar a los que nos ofenden. Insiste en que la manera de vivir no puede basarse en el miedo sino en el amor.

Ya empezó a pensar en las reglas de vida que vamos a tener, las que deberían ponerse por escrito. Nos habló de normas de cómo seguir a Jesús en fraternidad, siendo pobres, al servicio de los necesitados, anunciar el evangelio, trabajar y orar.

Hoy me ha tocado salir con Francisco a conversar con la gente y a pedir limosna. Él se fue por el lado más peligroso y me dejó a mí el más benigno. Quedamos de juntarnos a las siete de la tarde en el lado de afuera del templo. Aquí estoy esperándolo, pues falta poco para las siete. Ya me comí todo lo que pude recolectar. Lo devoré, en realidad, porque tenía un hambre bárbaro.

Ahí viene Francisco. Al llegar abre su bolsa en la que trae unos pedazos de pan que le dieron, y los pone sobre una improvisada mesa que armó en una piedra grande, usando la bolsa como pequeño mantel. Me pidió agregar lo que había obtenido yo, para así empezar a comer.

Por eso estoy rojo de vergüenza. No sé cómo explicarle que ya di cuenta de lo que debía aportar. Francisco ríe, y me ofrece sus panes. No acepto, por supuesto. Supongo que debería echarme a sus pies, pero no me animo a hacer tal acto de humildad. Prefiero inventar que ya estoy saciado.

7.- Egidio entre los primeros discípulos

De repente aparece un viento helado que nos obliga a ponernos el capuchón. La dura carreta que nos transporta avanza con lentitud dando unos horribles saltos. De todos modos, estoy agradecido de que alguien haya querido llevarnos a Florencia, el destino que el hermano Francisco nos fijó, a mí y a Bernardo. Hasta conversamos, entre tumbo y tumbo. De hecho, no hemos parado de hablar en todo el camino. Bernardo me cuenta sus andanzas en Bolonia.

-Me fui derecho a la plaza principal -señala- y, al verme con este hábito de color indeterminado, como tronco de árbol -agrega, dirigiendo sus dedos índices hacia nuestras vestiduras, un poco gris la de él, y más tirada a marrón la mía-, unos chiquillos empezaron a hacerme burla, como si yo fuera un loco.

-Y lo eres -lo interrumpo con una breve risa.

-Tanto como tú, Egidio -y después de un instante continúa-. Los niños éstos me tenían para la broma, pero yo les sonreía no más, y no les dije nada ese día.

-¿Y al día siguiente?

-Volví a la plaza, para hacerme amigo de ellos, pero eran muy obstinados.

-Supongo que no hubo caso.

-Durante varios días, hasta que tuve mi defensor.

-¿Qué? -pregunto sin poder creer lo que me parecía haber escuchado.

-Apareció como un ángel de la guarda. Su nombre es Nicolás de Guillermo, y me hizo un par de preguntas para formarse una idea de la situación. Entonces, le mostré la hojita.

-¿Qué hojita?

-Esa hoja, Egidio, igual a la que tú también tienes. La que escribió Francisco con las primeras reglas de comportamiento.

-¡Ah! Sí -respondo enrojecido, pues me da vergüenza no saber leer y estar con un tipo que ha estudiado tanto.

-Pronto podrás leerla. Te lo aseguro -me dice sonriendo.

Bernardo me ha estado enseñando las primeras letras, y cómo juntarlas para armar las famosas sílabas. Me parece saber lo que piensa el sol, pero apenas sé que dos más dos son cuatro.

-Sí. Seré un buen alumno -replico.

-Este intercesor se impresionó con nuestra norma -sigue contando Bernardo- a tal punto que me llevó a su casa, me presentó a su familia, y me ofreció regalarme un terreno. Al principio le dije que sí, encantado, pero me acordé de lo que nos ha dicho Francisco, así que le pedí que nos dejara construir una choza ahí, si teníamos nuevos Hermanos boloñeses, pero que el terreno siguiera siendo propiedad de él.

-Fabuloso. Ojalá en Florencia nos pase lo mismo -digo entusiasmado-. Es un buen hombre este don Nicolás, ¿no?

-Pienso que se nos va a unir, y él mismo va a levantar la choza en ese terreno.

-Así, vamos siendo más.

-Pero, eso último no es seguro -me advierte.

Me quedo pensativo. Uno puede ser pobre y sentir lo mismo que los ricos. Varios nos hemos maravillado al escuchar palabras luminosas...

-Fuego -se me sale en voz alta.

-¿Qué? -se asusta Bernardo y mira para todos lados.

-No, hombre. Lo que digo es que al ver cómo tú cambiaste, entró fuego en mi corazón.

-Perdóname, Egidio, pero si alguien te quemó no he sido yo.

-Cuando estuve en la plaza de Asís viendo como renunciabas a toda la riqueza, y te quedabas tan pobre como he sido yo siempre -le digo con un poco de temblor-, algo pasó en mí. Ya nunca más pude ser el de antes.

-Y así fue como te sentiste llamado, ¿eh?

-Más que un llamado, sentí como un grito de Jesús "Ven, Egidio". El me dice así -explico.

-Me acuerdo que te encontramos en el camino, cerca de la Porciúncula, cuando iba yo con Francisco. Tú te arrodillaste, y Francisco te levantó como si fueras una pluma.

-Y eso que soy bien gordito.

-¿Cómo supiste el camino para ubicarnos?

-Ese día me levanté temprano y fui a orar al templo de San Jorge, pues era su fiesta. El Señor me iluminó, y así supe hacia donde echar a andar, pero cuando llegué a un cruce de caminos ya no sabía por donde seguir.

Le explico a Bernardo que recé de nuevo, y me metí por el sendero más angosto. Después de un rato los encontré.

-¿Tus padres no te pusieron problemas? -me pregunta Bernardo.

-No. Si yo ya tenía como 18 años.

Estamos llegando a Florencia cuando el sol se ha puesto ya, hace un rato. Nos bajamos de la carreta con toda la agilidad que pudimos, y llenamos de bendiciones al cochero. Recorremos calles buscando donde pasar la noche. Sin dinero no es fácil encontrar algo. Hasta las residenciales más humildes

desconfían. A medida que se hace tarde, la esperanza intenta abandonarnos. No podemos dormir en la plaza porque está haciendo un frío que penetra los huesos.

-¿Qué hacemos? -pregunta Bernardo.

-Rezar.

Y eso es justamente lo que hacemos, mientras seguimos yendo de un lado a otro. Llegamos a una posada que está en reparaciones y tiene un gran letrero diciendo que no acepta pasajeros.

-Aquí podríamos alojar -sonríe.

Una mujer gorda, al parecer la dueña de la posada, anda por ahí y nos ve. En ese momento, Bernardo le pide que nos hospede.

-¿No vio el letrero? -es su seca respuesta.

-Por favor, permita que nos quedemos en cualquier parte que esté un poco abrigada -suplico.

No muy convencida, y después de varios intentos, finalmente la señora se compadece y nos hace pasar a una habitación vacía, al lado del portón de entrada. Doy gracias a Dios y a esta señora, por el hospedaje y por el café caliente que nos trae para desentumecernos, además de dos mantas, una para cada uno.

-Me da risa que nos crean delincuentes -le digo a Bernardo, tratando de saber qué siente. Él no es muy comunicativo, ni yo tampoco, pero a mí me gusta tratar de descubrir las cosas misteriosas.

Bernardo está tan cansado, que muy pronto se duerme. En cambio, yo estoy desvelado y me pongo a pensar en miles de cosas, en la caridad, que va y viene. Como esa vez, yendo a Asís a conseguir un género pardo grisáceo para mi hábito, con Francisco que me recibía lleno de afecto, nos habló una mujer muy pobre, pidiéndonos limosna. Seguimos caminando, pues no teníamos dinero. Francisco se lo explicó con paciencia, y miró detenidamente mi capa, que me servía de buen abrigo. Entendí el silencioso gesto, y me saqué la capa. La mujer se fue agradecida, y yo quedé contento. Ese fue mi primer día en nuestra pequeña comunidad, con Francisco, Bernardo y Pedro, hace ya unos pocos meses, en que hemos estado integrándonos como grupo.

Con troncos, ramas secas y barro, ese mismo día me ayudaron a construir mi choza, similar a la de ellos. A lo largo de los días, se interesaron por mis vivencias y por enseñarme. Compartimos nuestras distintas maneras de orar, y así cada uno ha hecho avanzar a los otros. Desde el primer día comenzamos a reunirnos durante cada crepúsculo en la capilla, esa hermosa Porciúncula, que tiene dos inmensas puertas, una de las cuales la mantenemos cerrada, y dos ventanas a distinta altura, además de un pequeño ventanuco. En esas reuniones nos contamos lo ocurrido en el día. A Francisco siempre le pasan cosas inesperadas. El nos habla de las actitudes de Jesús, para fortalecer nuestras motivaciones.

-Denle libertad al corazón -nos dijo Francisco una vez, y se me quedó grabado.

Estando en estas reflexiones escucho unos gritos que vienen de otra pieza cercana, a través de precarios tabiques.

-¿Por qué los dejaste entrar? -grita un hombre iracundo, talvez el marido de la mujer que nos acogió.

-... Sólo una noche... no son ladrones... -alcanzo a distinguir destellos de la defensa de la señora.

Trato de hacerme el dormido, por si vienen a echarnos, y sigo sumido en mis pensamientos. Añoro cada piedra del muro de la Porciúncula, y también mi débil choza que hoy la imagino como un palacio. Vuelvo a ese lugar, dentro de mi cabeza. Me encanta pertenecer a esta hermandad al servicio del pueblo. Durante muchos días intentamos inventarnos un nombre, como grupo. Le dimos muchas vueltas a eso, y no llegábamos a nada, hasta que se me ocurrió decir “soy el hermano menor”, ya que no tengo ni la mitad de los conocimientos de los otros. A Francisco se le iluminó el rostro.

-No eres menos, aunque no hayas tenido acceso al estudio -afirmó, y los demás estuvieron de acuerdo.

-Todos somos hermanos menores -completó Pedro, que no habla mucho, pero dice lo justo. Y desde entonces somos los Hermanos Menores.

En una de estas reuniones, Francisco nos entusiasmó para salir a evangelizar de dos en dos.

-¿Dónde iremos? -quiso saber Bernardo.

-Donde el Señor nos guíe -fue la respuesta de Francisco, y sin tardar formó los grupos, uno con Bernardo y Pedro, y el otro con Francisco y yo. Nos fuimos a dormir pensando en lugares donde ir, y al día siguiente partimos. Bernardo y Pedro fueron a Perugia. Francisco y yo, a Spoleto. Después, de ahí cambiamos rumbo hacia Ancona. Ibamos cantando. Francisco, en francés, y yo tarareaba, no más, pero en comunicación con Dios. Por el camino me imaginaba que llegaríamos a ser muchos más Hermanos Menores. Bebíamos de los manantiales de una zona montañosa, y dormíamos en portales de iglesia. En uno de esos pórticos se nos unió un par de mendigos, como nosotros, pero mucho más acostumbrados a no tener nada. Para mí, cada uno de ellos era Jesús, y así los tratamos.

En algunos pueblos nos correteaban con perros, pero en otros nos recibían con una mezcla de curiosidad y esperanza, lo que nos permitía pararnos en la plaza, cantar, conversar con la gente y ver cómo seguían llegando más interesados en esa charla amena. Yo iba por las calles cercanas recolectando personas que quisieran escuchar a Francisco. Su palabra llega hasta muy adentro de cada uno, con gran fuerza.

-Es un hombre santo -era mi frase.

Francisco me había enseñado a saludar dando la paz, como hacía Jesús. Al principio me costó, pero después lo adopté como único método de romper el hielo.

-El Señor os dé la paz -decía yo a las personas con que me encontraba.

-¿Forzudo, qué significa esa manera de saludar? -respondió uno, cierta vez, y traté de hacerle ver que si hablo de paz me estoy oponiendo a la guerra.

También recibí unos garabatos de gente poco amistosa, lo que me tentaba a desistir y saludar de la manera convencional, como protegiéndome.

-¿Protegerte de qué? -me preguntó Francisco una vez que me vio desanimado. Me explicó con un ejemplo.

-Uno puede mantener la calma -expresó- si lo golpean físicamente, pero... ¿por qué no mantenerla también cuando aparece ese fantasma llamado Don Ridículo? Ni siquiera es una persona a quien temer.

Francisco me mostró la actitud de Jesús, que no protestaba ante los insultos. Entonces, sentí una especie de necesidad de palpar esa humillación que forja el carácter.

Así como la palabra de Francisco entró en mí, con fuerza, también entraba en las personas que se reunían en la plaza a escucharlo cuando los instaba a la penitencia.

Francisco me dijo que yo era un discípulo aventajado. Creo que fue para darme ánimo, y después de decirlo se quedó admirando el vuelo de las golondrinas.

-Envidiables las alas, ah -sostuvo.

-¿Y para qué queremos ir tan rápido? -respondí con una pregunta que se contesta sola.

-Tienes razón -sentenció, y me propuso un ejercicio, para estar más cerca del Señor. Entonces, por el resto de ese día caminamos a cierta distancia el uno del otro. Yo estuve de acuerdo porque no me quedaba otra, y por respetar esa necesidad de silencio que Francisco tuvo en ese momento. A mí me sirvió para meditar que si Dios no nos da algo es porque no lo necesitamos.

Al final de esa larga expedición, llegamos sin ningún resultado concreto, lo cual me deprimió un poco. Entonces, Francisco me devolvió mis propias palabras "¿para qué queremos ir tan rápido?". Una vez más me enrojecí, y volví a ser yo mismo. En realidad, él me está enseñando a orar.

-Cuando dos personas rezan -me ha dicho-, parece que estuvieran en lo mismo, pero no. Cada uno está en un mundo distinto.

Eso me dio confianza, porque antes creí que mi falta de cultura me iba a hacer difícil la oración.

Bernardo y Pedro ya habían llegado el día anterior. Reanudamos nuestras reuniones, y nos vimos enfrentados a una situación delicada, porque mucha gente reaccionó mal a nuestra manera de vivir y evangelizar. Acudieron con sus quejas hasta el despacho del obispo Guido, y lo tenían tan vuelto loco que no hallaba cómo conciliar las cosas. Los sacerdotes estaban también alterados con todo esto, unos a favor y otros en contra. Uno de aquellos llegó un día hasta la Porciúncula. Al verlo acercándose creí que vendría con alguna queja, pero no. Nada de eso. Vino a darnos su apoyo. Era el padre Silvestre, el mismo de las piedras aquéllas.

También llegó a la comunidad otro joven de Asís, llamado Sabatino. Vino para quedarse, vistió nuestro hábito de color indefinido, como dice Bernardo, y compartió nuestra pobreza. Francisco lo puso en grupo con Pedro, y así liberó a Bernardo y lo envió a Bolonia, en un verdadero grupo de a uno. Ahí le sucedieron esas anécdotas que me contaba durante nuestro viaje de ayer en la carreta.

Por ese tiempo en que llegó Sabatino, me empecé a dedicar a la artesanía. Con juncos y mimbres fabriqué unos canastos que después negocié en la plaza, obteniendo alimentos a cambio. Me gusta trabajar en contacto con la naturaleza, en cualquier cosa. Fui a los bosques cercanos, y también a otros lejanos a recoger leña, que también transformé en comida. Hasta estuve de temporero en la vendimia pero de acuerdo a nuestra regla, pedí que la remuneración viniera en forma de uva, todos los días.

A veces, alguno de nosotros acompaña a Francisco a la ermita de las Cárceles, pero casi siempre va él solo a encarcelarse, como decimos nosotros, y entra en unas oraciones de alto vuelo. Es una antigua construcción de verdaderas celdas en una cueva natural, junto a una caída de agua en la roca

del monte Subasio, a una hora de Asís, caminando. Antiguamente habían pertenecido a unos ermitaños.

Francisco puso unas vigas para acondicionar el lugar, y consiguió una mesa para la sala más grande. Con palos y ramas completamos un poco las celdas.

Las Cárceles están cerca de los benedictinos, que son también propietarios del terreno de la Porciúncula, y aunque quisieron regalárselo a Francisco, éste no aceptó tener propiedades.

Sigo tratando de dormir, y a ratos me resulta. De pronto, despierto y vuelvo a pensar las mismas cosas. Me levanto, me da frío y me vuelvo a acostar.

Ya está amaneciendo. Con Bernardo nos levantamos y nos retiramos del aposento sin meter bulla, para dirigirnos a un templo que queda a dos cuadras. La dueña de la posada va también en nuestra dirección, un poco más adelante. La alcanzamos para agradecerle la hospitalidad.

En el templo hay un señor muy respetado y querido, llamado Guido, igual que nuestro obispo. Este don Guido de Florencia, como podríamos decirle, es reconocido como generoso. De hecho, está repartiendo dinero entre los mendigos. Cuando nos ve, a Bernardo y a mí, intenta darnos también una cantidad no despreciable. No aceptamos nada. Bernardo le explica nuestra regla de vida, y nuestra opción por la pobreza. Lo hace con palabras de persona culta y estudiosa, como que es un doctor de la universidad.

-Hemos elegido la pobreza -expone Bernardo- de acuerdo a lo que nos pide nuestro Señor Jesucristo.

-¿Tú has tenido propiedades? -pregunta don Guido a Bernardo, abriendo unos tremendos ojos.

Iniciamos una larga conversación. A lo largo de ella va apareciendo la admiración de don Guido, quien nos lleva a su casa. Casi sin darme cuenta voy detrás de ellos y entramos en un bello jardín, el de la casa de este hombre, que es muy rico.

Mientras saboreamos un espléndido desayuno, don Guido dice:

-Os cederé un pequeño terreno que tengo en las afueras de la ciudad. Incluso tiene una construcción precaria, en la que puede vivir gente.

Yo estoy encantado porque mi sueño se empieza a cumplir. Casi no sé qué decir, y Bernardo está tan asombrado como yo.

-Con gusto viviremos allí -le digo con alegría- pero la propiedad ha de seguir siendo vuestra.

Ya sé que ésa es la voluntad de Francisco, y en ningún caso podríamos hacerlo de otra forma.

(fin de la segunda parte.

Continuará)